

bramiento virginal por parte de la Iglesia, semejante al de María en Belén.

Encarnación del Verbo y nacimiento de la Iglesia. Se trata de dos acontecimientos que se corresponden plenamente. En ambos tenemos a la misma protagonista: María Virgen. En la Anunciación, recibiendo en su seno al Verbo, «cuyo reino no tendrá fin» (139) y que «heredará el trono de David, su padre» (140). En el Cenáculo, recibiendo en su corazón, singularmente preparado para una maternidad universal, al hombre redimido en el Calvario y al que Jesús le entrega diciendo: «Ahí tienes a tu hijo» (141).

«María recibe en una fe de esposa esta palabra de Cristo, en medio de las tinieblas del misterio de la cruz. Esta palabra de Cristo es para ella infinitamente dulce, aunque a la vez sea una espada aguda que hiere su corazón» (142).

El 21 de noviembre de 1964, el Papa Pablo VI, clausurando la tercera sesión del Concilio Vaticano II, proclamaba solemnemente «para gloria de la Virgen y consuelo nuestro... a María Santísima 'Madre de la Iglesia', es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título» (143).

Juan Pablo II lo repitió al comienzo de su pontificado: «Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la Madre: 'Mujer, he ahí a tu hijo' (144). Así, de un modo nuevo, ha legado su propia Madre al hombre: al hombre, a quien ha transmitido el Evangelio. La ha legado a la Iglesia en el día de su nacimiento histórico, el día de Pentecostés. Desde aquel día toda la Iglesia la tiene como Madre. Y todos los hombres la tienen como Madre. Entienden como dirigidas a cada uno las palabras pronunciadas desde la Cruz.

María, Madre y modelo de la Iglesia: intercede para que acertemos a descubrir tu solicitud maternal en la Santa Iglesia; y que seamos siempre hijos dóciles para escuchar y obedecer amorosamente el encargo que Jesús nos hace desde la Cruz: «Ahí tienes a tu madre».

(137) «Redemptoris Mater», n° 24.

(138) Jn. 3, 5.

(139) Lc. 1, 33.

(140) Lc. 1, 32.

(141) Jn. 19, 26.

(142) M. D. Philippe, O.P., «Misterio de María», Colec. Patmos; edic. Rialp, S.A. Madrid, 1986, pg. 292.

(143) Pablo VI, «Discurso en el Concilio Vaticano II, 21-XI-1964. Cfr. Francisco Fernández Carvajal, obr. citada, n° 5430.

(144) Jn. 19, 26.

(145) Juan Pablo II, Aud. general, 10-I-1979. Documentos Palabra, 13/1979, pg. 14, col. 1ª.

II PARTE

LA MADRE DE DIOS EN EL CENTRO DE LA IGLESIA PEREGRINA

ESPEJO DE JUSTICIA

«La Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que Él venga.»

(«Redemptoris Mater», n° 25)

Con estas palabras del Concilio Vaticano II que, a su vez, incluyen una frase antológica de San Agustín, el Papa introduce la segunda parte de su carta encíclica presentando a la Iglesia como peregrina: en el espacio y en el tiempo.

Mas este peregrinar meramente exterior, visible y comprobable en el conjunto de avatares históricos, no es lo principal en la vida de la Iglesia. Bien podemos afirmar que ese azaro-

so camino, compuesto –según la expresión de San Agustín– de «persecuciones» y de «consuelos», es algo normal en toda institución formada por elementos humanos.

El mismo Papa advierte expresamente que «el carácter esencial de su camino es interior. Se trata de una peregrinación a través de la fe... » (146). En este peregrinar la Iglesia camina con «la fuerza del Señor resucitado»; en esta trabajosa marcha, la Esposa de Cristo se sabe impulsada por «la fuerza del Espíritu Santo» (147); así lo anunció el mismo Cristo cuando Pentecostés todavía sólo era promesa. En este fatigoso andar por la geografía y por la historia, la Iglesia es consciente de que tiene que soportar pruebas y contrariedades, porque tiene que repetir el itinerario de la Cruz recorrido por su Cabeza y Fundador.

Este detalle puede servirnos para evaluar el grado de nuestra fidelidad como miembros de la Iglesia. ¿Estamos firmemente convencidos de que no es posible vivir la peregrinación de la fe sin compartir el dolor de la Cruz? En la medida que podamos dar contestación afirmativa a esta cuestión, tendremos derecho a considerarnos auténticos peregrinos de la fe. Así lo vivió Cristo. Así vivió María. Así lo vive la Iglesia.

«En este camino –escribe el Papa– María está presente, como 'la que es feliz porque ha creído', como la que avanzaba 'en la peregrinación'».

nación de la fe', participando como ninguna otra criatura en el misterio de Cristo» (148).

Para todo miembro de la Iglesia, María es como el paradigma, el modelo, la guía, la estrella, que nos muestra de modo vivo y práctico cómo han de encarnarse las exigencias de la fe. Porque nadie las ha vivido con mayor fortaleza; nadie las ha expresado con mayor naturalidad; y nadie las ha superado con tan alto nivel de coherencia como lo ha hecho Ella.

Desde el momento en que dijo «sí» a la Encarnación del Verbo, María quedó plenamente identificada con todo el misterio de Cristo Salvador. Aquel «sí» de María fue el acto de fe más grande que vieron los siglos. Porque era, no sólo fiarse de Dios, sino también embarcarse con Él a la incomprensible aventura de crear un mundo nuevo. A partir de ese instante, podemos decir, se pone en marcha la realización eficaz y concreta del eterno plan divino por el cual «dijo el que está sentado en el trono: 'Mira que hago un mundo nuevo'...» (149).

Para llegar a ser dignos hijos de la Iglesia, hemos de empeñarnos en imitar de María esa fe a todo riesgo que brilla en Ella a lo largo de toda su vida. Debemos convertir nuestra existencia en una auténtica peregrinación de la fe pregonando en la Iglesia y en el mundo las maravillas de Dios.

(146) «Redemptoris Mater», nº 25.

(147) Hch. 1, 8.

(148) «Redemptoris Mater», nº 25.

(149) Apoc. 21, 5.

REINA DE LOS APOSTOLES

«En el Cenáculo, el itinerario de María se encuentra con el camino de fe de la Iglesia».

(«Redemptoris Mater», n° 26)

Hemos llamado a María «guía» y «estrella» de la Iglesia. No sólo porque es modelo acabado para todos y cada uno de los fieles en su actitud como creyente; sino muy especialmente, porque en su experiencia, interna y personal, vive todo lo que tiene que experimentar la Iglesia como Pueblo de Dios. Cada uno de nosotros tiene que superar la fatigosa andadura que comporta el recorrido de su propia fe. Pero, hasta cierto punto, podemos afirmar que nosotros lo tenemos relativamente fácil; porque nuestro camino está ya completamente

trazado, explorado, señalizado y cuidado por la Iglesia que es la depositaria de la fe.

Sin embargo, en María no fue así. El itinerario de fe que a Ella le correspondió recorrer no había sido previamente trazado. Ella hubo de descubrir sendas anteriores al caminar de la Iglesia. El Papa escribe: «Su camino de fe es, en cierto modo, más largo» (150). Y a continuación expone, momento a momento, el recorrido vivencial de ese largo camino de la fe de María. Sin duda alguna, durante esas vivencias, podía Ella decir con mayor razón que el poeta los célebres versos: «Caminante, no hay camino; se hace camino al andar...».

Hasta que llegó un momento en el que confluyeron las dos rutas: el camino de fe de María y el camino de fe de la Iglesia. Esa confluencia tiene lugar en el Cenáculo. Allí se funden la fe de los discípulos y la fe de María. Por un lado, los once que «habían sido llamados por Jesús sucesivamente desde el inicio de su misión en Israel» (151); que «habían sido constituidos apóstoles» (152) e investidos con la misión de ser «testigos» de Cristo en el mundo «hasta los confines de la tierra» (153) manifestando a todos su Muerte y su Resurrección. Por otro lado, María que, como el Papa advierte, «no ha recibido directamente esta misión apostólica» (154). Ella «no se encontraba entre los que Jesús envió 'por todo el mundo

para enseñar a todas las gentes' (155), cuando les confirió esta misión. Estaba, en cambio, en el Cenáculo, donde los apóstoles se preparaban a asumir esta misión con la venida del Espíritu de la Verdad: estaba con ellos» (156).

La función de María en la Iglesia testificando la vida y la misión de Jesucristo es única e irrepetible. Ella, desde el nacimiento de Cristo, se constituyó en «un testigo singular del misterio de Jesús» (157); Ella aporta este testimonio personal suyo al de la Iglesia; y ésta, «desde el primer momento, miró a María a través de Jesús, como miró a Jesús a través de María. Ella fue para la Iglesia de entonces y de siempre un testigo singular...» (158).

Es así como María transvasa su exclusivo y singularísimo testimonio a la Iglesia. Le hace entrega de su experiencia de fe; porque «en la Iglesia de entonces y de siempre María ha sido y es sobre todo la que es 'feliz porque ha creído': ha sido la primera en creer... Mientras María se encontraba con los apóstoles en el Cenáculo de Jerusalén en los albores de la Iglesia, se confirmaba su fe, nacida de las palabras de la anunciación» (159). Las grandes oscuridades de la fe de María se desvanecen en el Cenáculo. El Señor del Reino que no tendrá fin ha resucitado venciendo a la muerte; y garantiza la perdurabilidad de la Iglesia con palabras que María cree más firmemente que nadie:

«Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (160).

El transcurso del tiempo es incesante. Han pasado casi dos milenios de vida de la Iglesia. Nos encontramos inmersos en un momento histórico desde el cual podemos constatar cómo la Iglesia de Jesús subsiste, a pesar de los muchos «calvarios» que ha tenido que superar en el devenir de los siglos. Mirando a María, se dispone a inaugurar ya el tercer milenio de su gloriosa historia. Lo hace con vigoroso empuje, con firme esperanza y con perenne juventud. Y sin dejar la mano de la Madre de Dios, la Madre del Redentor. Tratando de imitarla en su asombrosa y fecunda experiencia de fe.

- (150) «Redemptoris Mater», nº 26.
- (151) Ibidem.
- (152) Ibidem.
- (153) Hch. 1, 8.
- (154) «Redemptoris Mater», nº 26.
- (155) Mt. 28, 19.
- (156) «Redemptoris Mater», nº 26.
- (157) Ibidem.
- (158) Ibidem.
- (159) Ibidem.
- (160) Mt. 28, 20.

MAS QUE TU SOLO DIOS

«María pertenece indisolublemente al misterio de Cristo y pertenece, además, al misterio de la Iglesia desde el comienzo, desde el día de su nacimiento...»

(«Redemptoris Mater», n° 27)

La Iglesia ha tenido un comienzo. Empezó siendo pequeña, «como un grano de mostaza» (161), como «germen del nuevo Israel» (162). El día de Pentecostés, en el Cenáculo de Jerusalén, se inicia el «largo camino por medio de la fe» (163); María estaba allí «como un testigo excepcional del misterio de Cristo» (164). Desde entonces, María no puede faltar ni un solo instante en el devenir histórico de la Iglesia; con el mismo empeño maternal que puso en aquellos primeros pasos de su andadura por

las losas del Cenáculo. Todo el misterio de Cristo se ha desarrollado a la sombra y bajo el cobijo del corazón materno de María: desde Nazaret hasta el Calvario. Y el misterio de la Iglesia, prolongación real del vivir de Cristo, tiene que seguir, y sigue, la misma trayectoria, desde el Cenáculo hasta el final de los tiempos.

María ejerce una función imprescindible dentro de la actual economía de la salvación como impulsora de la vitalidad de la Iglesia. Esta nació acunada por la oración de María. Y, a lo largo de su historia, no ha cesado de pensar «en la Madre de Cristo con profunda veneración y piedad» (165). La Iglesia ha mirado siempre a María como la que «ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor» (166).

Esta fe inquebrantable de María es como el cimiento de la fe apostólica. Porque la fe de María «precede» al testimonio de los apóstoles. Lo cual quiere decir, según parece desprenderse de la mera lectura de la carta encíclica, que la fe heroica de María no sólo es anterior en el tiempo a la de los apóstoles; sino que Ella misma constituye «un especial patrimonio de la revelación de Dios» (167). Con frase gráfica lo expresa el Papa cuando escribe que esa fe de María «permanece en el corazón de la Iglesia» (168); por lo cual —concluye— participar de la fe de la Iglesia es, en cierto

modo, «participar de la fe de María» (169).

María con su fe asumió todo el misterio de Cristo y, en el correr de los siglos, este misterio se transmite enriquecido por una especial veneración a la Madre de Dios. De esta suerte, todas las generaciones, dentro de la Iglesia, encuentran en la fe de María un eficaz apoyo para la propia fe.

De este modo, la Iglesia comparte y disfruta juntamente con María aquella bendición de la anciana Isabel: «Feliz la que ha creído...» (170). Y a la vez, se cumple puntualmente el profético anuncio proclamado por la misma Virgen María en el canto de alabanza que entonó como respuesta a la bendición de su prima: «Me felicitarán todas las generaciones...» (171).

Isabel, bajo la inspiración del Espíritu Santo, ha proclamado a María bienaventurada porque ha creído; María, bajo la inspiración del mismo Espíritu, nos adelanta que todas las generaciones la proclamarán bienaventurada porque Dios, el «todopoderoso», ha hecho en Ella cosas admirables... Por eso mismo, María completa lo que había proclamado Isabel. En la tierra, lo que beatifica inmediatamente es su acto de fe, pero este acto de fe mira a su Hijo, el Verbo encarnado. He ahí la realidad sobre la que se funda, y esa realidad es eterna. Por eso es por lo que, eternamente y universalmen-

te, María es llamada bienaventurada por todas las generaciones» (172).

(161) Mt. 13, 31.

(162) «Redemptoris Mater», n.º 27.

(163) Ibidem.

(164) Ibidem.

(165) Ibidem.

(166) Lc. 1, 45.

(167) «Redemptoris Mater», n.º 27.

(168) Ibidem.

(169) Ibidem.

(170) Lc. 1, 45.

(171) Lc. 1, 48.

(172) M.D. Philippe, O.P., «Misterio de María», colec. Patmos, Edic. Rialp, S.A. Madrid 1986, pg. 150.

A JESUS POR MARIA

«Los apóstoles y los discípulos del Señor en todas las naciones de la tierra perseveran en la oración en compañía de María, la Madre de Jesús».

(«Redemptoris Mater», n° 28)

Es un hecho que María atrae constantemente a los creyentes hacia su Hijo... La fe de María se convierte así en la fe del Pueblo de Dios peregrinante. «Es una fe —explica el Papa— que se transmite al mismo tiempo mediante el conocimiento y el corazón. Se adquiere o se recupera constantemente mediante la oración» (173).

En estas pocas palabras se nos han dicho muchas cosas sobre la transmisión de la fe. El conocimiento y el corazón son la vía de la fe. La inteligencia y la voluntad son los canales

que tienen que disponerse para dar entrada al don de la fe. El obsequio del entendimiento y la docilidad de la voluntad son como los carriles por los que se adentra la fe en el interior del hombre. Y tal «infraestructura» de la fe se hace posible con la oración.

El prestigioso historiador José Orlandis ha escrito que la «fe requiere en el hombre, para ser viva, una determinada actitud moral, una 'justicia', en el sentido bíblico de la palabra. Ahí está el secreto de que tantas veces, un campesino iletrado o una sencilla mujer del pueblo entiendan las cosas de Dios, las verdades de fe, mil veces mejor que un premio Nobel, e incluso que muchos especialistas en teología. Esta aparente paradoja la anunció ya Jesús, cuando daba gracias al Padre celestial, porque oculta su verdad a los sabios y prudentes y la revela a los pequeñuelos (174). La fe —no lo olvidemos— es un don de aquel Dios que 'resiste' a los soberbios, y por ello el camino para alcanzarla y para fortalecerla es pedírsela a Él con humildad y perseverancia» (175).

Consecuencia lógica: Aquella que con su actitud de fe humilde y dócil ocasionó la Encarnación del Verbo resulta sumamente necesaria para que ese Verbo encarnado «nazca y crezca también en los corazones de los fieles» (176) y así vaya creciendo a su vez ese Cristo completo que llamamos «Iglesia».

En estas coordenadas hay que situar los gestos del Papa Juan Pablo II ante la circunstancia del Año Mariano por él convocado. Desde la atalaya del sumo pontificado, subraya la importancia de la proximidad de un nuevo milenio cristiano. Y, echando una mirada sobre todo el mundo evangelizado, ve a la Iglesia extendida por todas las latitudes de la tierra; pero la ve unida en el Espíritu y actualizando permanentemente el prodigio de Pentecostés mediante el uso de todas las lenguas habladas por el hombre. Esta maravilla se realiza a ritmo de oración. Y, al igual que en los primeros días, esa oración se hace «en compañía de María, la madre de Jesús» (177).

Así quiso el Papa dar comienzo a las celebraciones del Año Mariano: dirigiendo personalmente, desde la Basílica de Santa María la Mayor en Roma, una plegaria retransmitida por televisión con un enorme despliegue técnico implicando a dieciocho satélites, a treinta y cinco estaciones repetidoras, setenta y cinco cámaras y más de mil operarios. Los misterios del Rosario y la repetición del avemaría en diversas lenguas estaban actualizando, de modo evidente, el prodigio maravilloso del primitivo Pentecostés. Y todo ello sucedía en torno a santuarios marianos diseminados por la geografía mundial, con acentos de todas las lenguas.

Este planteamiento nos sirve la clave para comprender mejor la iniciativa de celebrar un Año Mariano como preparación del tercer milenio de evangelización cristiana. Y es que la oración con María tiene mucho que ver con el vigor de la fe del año dos mil y de todos los tiempos.

(173) «Redemptoris Mater», n.º 28.

(174) Mt. 11, 25.

(175) José Orlandis, «¿Qué es ser católico?», EUNSA, Pamplona, 1977, pgs. 21-22.

(176) «Redemptoris Mater», n.º 28.

(177) Hch. 1, 14.

CASA DE ORO

«Tal vez se podría hablar de una específica geografía de la fe y de la piedad mariana...».

(«Redemptoris Mater», n.º 28).

Ciertamente, son innumerables los títulos y advocaciones con que María Santísima es venerada en tantos y tantos santuarios que llevan su nombre. Cada pueblo, cada ciudad, cada región y hasta el conjunto de una nación tiene su advocación peculiar para designar a la Madre de Dios como especial protectora. Sólo en España se tienen localizadas unas veintidós mil advocaciones distintas de la Virgen. Con razón se ha escrito que «la historia de España es un largo caminar con entusiasmo fervoroso hacia esos lugares de María» (178).

El mismo Juan Pablo II, hablando desde

Zaragoza, durante su primer viaje a España, decía: «Estamos en tierras de España, con razón denominada 'tierra de María'. Sé que, en muchos lugares de este país, la devoción mariana de los fieles halla expresión concreta en tantos y tan venerados santuarios» (179).

Lo cierto es que María sigue presente en la Iglesia ayudándola a cumplir su misión y cooperando a realizar su obra. Fijando la atención en estos lugares donde se rinde cordial y entusiasta culto a María, tal vez sea acertado concluir que desde ellos se está dirigiendo al cielo la oración permanente de María desde el seno de la Santa Iglesia. Se dan en nuestros días, al igual que ha ocurrido en otras épocas de la Historia, múltiples medios de expresión que vienen a ser como la manifestación visible de la eficacia orante de María. Individuos y grupos, familias y parroquias, institutos religiosos y diócesis, salen al encuentro de María en lugares determinados y concretos donde Ella parece manifestarse preferentemente y de manera relevante «por medio de la fuerza atractiva e irradiadora de los grandes santuarios» (180).

En estos lugares, se mira a María y se la ve como «la primera entre los creyentes» (181). En muchos de ellos, puede verse reproducido, entre los diversos motivos iconográficos que embellecen el santuario, el acontecimiento evangélico de la Visitación, cuando

Isabel proclama a María «feliz porque ha creído» (182).

Con acusada intencionalidad, Juan Pablo II hace notar en su carta encíclica el carácter de signo que entrañan todos los lugares, templos y santuarios que son centros cualificados de devoción mariana. Alude expresamente a determinadas advocaciones de mayor renombre, tales como Guadalupe, Lourdes, Fátima y Jasna Gora. Pero señala como función peculiar de todos ellos el ser lugar de encuentro de la Iglesia con la Madre de Jesús. Cada uno de esos santuarios viene a ser como un descanso en el camino para el Pueblo de Dios peregrinante; un oasis que alivia la caminata del penoso itinerario para fortalecer su propia fe; una reanimación espiritual que se experimenta al verse apoyado y protegido por 'la que ha creído'. Estos lugares santificados por su dedicación al culto de María, son para el peregrino de la fe como avales o garantías de que Dios nos colmará «con toda clase de bendiciones espirituales» (183).

Tales espacios marianos, donde el pueblo creyente se reúne junto a su Reina y Madre, son otros tantos remansos de paz que hacen experimentar el gozo «de la nueva y eterna Alianza» (184). Son como plataformas de acceso a un mundo nuevo en el que todo el género humano puede reencontrar la unidad perdi-

da. A través de María llegó Dios a unirse con el hombre. Y también por María, presente con su solicitud materna en todos los santuarios a Ella dedicados en la tierra, los hombres conseguirán la unidad en Cristo recapitulando en Él la humanidad entera.

«María edifica continuamente la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta. Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen, y no sentirse más vinculados a los demás miembros del Cuerpo Místico, más unidos también a su cabeza visible, el Papa. Por eso, me gusta repetir: 'omnes cum Petro ad Jesum per Mariam!', todos, con Pedro, a Jesús por María!. Y, al reconocernos parte de la Iglesia e invitados a sentirnos hermanos en la fe, descubrimos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la humanidad entera: porque la Iglesia ha sido enviada por Cristo a todas las gentes y a todos los pueblos» (185).

(178) Miguel Arribas, «Santuarios Marianos», «Ecclesia», n.º 2331, pg. 16.

(179) Mensaje de Juan Pablo II a España, BAC popular, Madrid, 1982, 2.ª edic., pg. 176.

(180) «Redemptoris Mater», n.º 28.

(181) Ibidem.

(182) Lc. 1, 45.

(183) «Redemptoris Mater», n.º 28.

(184) Ibidem.

(185) Josemaría Escrivá de Balaguer, «Es Cristo que pasa», n.º 139.

ARCA DE LA ALIANZA

«¿Por qué, pues, no mirar hacia Ella todos juntos como a nuestra Madre común, que reza por la unidad de la familia de Dios y que precede a todos al frente del largo séquito de los testigos de la fe?».

(«Redemptoris Mater», n.º 30).

Cuando en una familia, sus miembros giran en torno a la persona de la madre, se crea un ambiente de solidaridad y surge un clima de unidad que está por encima de la misma conciencia de fraternidad. Espontáneamente, sin que suponga esfuerzo especial, surge una articulación singular que caracteriza y afecta a todos los componentes del grupo familiar. Y es que la madre no sólo ayuda a mantener la unión, sino que en cierto modo es ella quien la promueve y la acrecienta. Me parece oportuna en este momento aquella reflexión del funda-

dor del Opus Dei: «Seguramente, también vosotros, al ver en estos días a tantos cristianos que expresan de mil formas diversas su cariño a la Virgen Santa María, os sentís más dentro de la Iglesia, más hermanos de esos hermanos vuestros. Es como una reunión de familia, cuando los hijos mayores, que la vida ha separado, vuelven a juntarse junto a su madre, con ocasión de alguna fiesta. Y, si alguna vez han discutido entre sí y se han tratado mal, aquel día no; aquel día se sienten unidos, se reconocen todos en el afecto común» (186). Y es que, en verdad, la madre causa la unidad dentro de la familia.

Traslademos esto a María con relación a la Iglesia. Es evidente que Ella, como Madre que es, tiene una función muy concreta que llevar a cabo en esta familia de los hijos de Dios. Cristo quiere —lo ha manifestado expresamente— que sus discípulos se mantengan unidos: «En esto conocerán que sois discípulos míos: si tenéis amor unos para con otros» (187); «Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado» (188).

El elemento humano ha introducido en la Iglesia gérmenes de dolorosas divisiones entre hermanos. A lo largo de dos mil años han surgido desavenencias y discordias que han dividi-

do a la familia cristiana. Se hace preciso un esfuerzo común para que todos los miembros de esta familia experimenten el gozo del reencuentro junto a la Madre. Frente a un problema tan extenso y profundo, es un signo de esperanza advertir —como expresamente lo hace Juan Pablo II en su encíclica— que también entre los llamados «hermanos separados, hay muchos que rinden el debido honor a la Madre del Señor y Salvador» (189). Esta Madre puede llevarnos a la necesaria unidad si todos sabemos descubrir en Ella el mejor modelo de fe. Un poco más adelante, afirma el Papa que «los cristianos saben que su unidad se conseguirá verdaderamente sólo si se funda en la unidad de su fe» (190). Y tenemos en nuestra Madre común, María, la mejor maestra en el arte de creer. Ella ha sabido, como nadie, vivir la obediencia y la peregrinación de la fe. Ella puede, por tanto, ser valedora eficaz para conseguir la unión en sus hijos en una sola familia, en una sola Iglesia.

En esta andadura de la fe que va como entretejiendo la historia de la humanidad, nos vamos acercando a una encrucijada importante: al comienzo del tercer milenio de la fe cristiana. Para que el anuncio evangélico de la salvación no pierda credibilidad, es imprescindible y urgente —según se desprende de las palabras proferidas por Cristo— conseguir la unión

de todos los que nos decimos seguidores suyos. Lograr esta unión es empresa muy difícil; más aún, es humanamente imposible. Porque «se trata de resolver discrepancias de doctrina no leves sobre el misterio y ministerio de la Iglesia, y a veces también sobre la función de María en la obra de la salvación» (191). Pero el recurso de «todos juntos» a la Madre común puede conseguir el milagro.

Nos encontramos, pues, ante una ocasión sumamente favorable para poner en marcha iniciativas y esfuerzos que logren un eficaz acercamiento entre todas las comunidades que miran a María como Madre común desde que, «a los pies de la cruz, acoge como hijo suyo al discípulo amado, el cual a su vez la recibe como madre» (192).

Intensifiquemos nuestra plegaria y, con fórmula litúrgica, digamos: «Haz, Señor, que tu Iglesia tenga un solo corazón y una sola alma por el amor, y que todos los fieles perseveren unánimes en la oración con María, la Madre de Jesús» (193).

(186) Josemaría Escrivá de Balaguer, *Ibidem*.

(187) Jn. 13, 35.

(188) Jn. 17, 21.

(189) «Redemptoris Mater», n.º 29.

(190) *Ibidem*, n.º 30.

(191) *Ibidem*.

(192) *Ibidem*.

(193) Liturgia de las Horas, Preces I visp. Santa María Virgen.

MARIA ESTRELLA DE ORIENTE

«Deseo subrayar cuán profundamente unidas se sienten la Iglesia católica, la Iglesia ortodoxa y las antiguas Iglesias orientales por el amor y por la alabanza a la Theotokos».

(«Redemptoris Mater», n.º 31).

Es evidente la riqueza mariológica de que gozan las comunidades cristianas denominadas orientales. Son numerosísimas sus fiestas marianas; inspiradísimos y abundantes los himnos y poemas dedicados a María; bellísimos e innumerables los iconos que tienen como principal motivo de expresión la figura de la Madre de Dios.

Sin duda, el amor a María que todo este in-

menso caudal supone, es hoy por hoy el más eficaz punto de unión entre esas venerables comunidades de cristianos y la Iglesia católica. Ese amor a la Madre de Jesús tiene raíces muy profundas en el desarrollo de la vida creyente de los orientales. Como sabemos por los anales de la Iglesia, desde los primeros siglos de cristianismo, se defendió y proclamó, en asambleas ecuménicas celebradas en Oriente, la doctrina teológica fundamental, y muy especialmente las grandes verdades que darán lugar al desarrollo de la «mariología». Allí se clarificó el dogma trinitario; allí se estudió y dilucidó el misterio de la Encarnación del Verbo en las entrañas virginales de María Santísima; allí se proclamó la maternidad divina de María; desde allí se han alzado siempre voces autorizadas y prestigiosísimas razonando y cantando los privilegios y los dones que brillan en la Madre de Dios.

Por todo ello, resulta perfectamente razonable y se hace más comprensible que, en medio de las azarosas y constantes vicisitudes históricas que han tenido que afrontar aquellos pueblos, hayan mantenido vivo su compromiso cristiano e intangible su irradiación apostólica. A este respecto, alguien ha puesto de relieve el contraste entre las Iglesias orientales y otras comunidades cristianas de Occidente: aquellas rindieron culto entusiasta a María

considerándola Madre de Dios; y han conservado intacta su fe en la divinidad de Jesús, el Hijo de María. En cambio, otras comunidades cristianas de Occidente, concretamente de Centroeuropa, que relegaron a segundo plano la devoción a María, o incluso la eliminaron con el pretexto de no velar la mediación única de Jesús, en no pocas ocasiones se han deslizado hacia un excesivo racionalismo y hasta han llegado a oscurecer o —en algunos casos— a perder la fe en la divinidad de Cristo.

Es lógico, pues, concluir que detrás de esta probada fidelidad al Señor por parte de los cristianos orientales, se encuentra la correspondencia maternal de un singular respaldo por parte de María. Ella parece recompensar así el hecho de que sus hijos de Oriente la hayan «mirado siempre con confianza ilimitada... y la han celebrado con encomio y la han invocado con oraciones incesantes» (194).

La historia confirma que esta adhesión a María fue siempre el mejor antídoto que aquellas comunidades encontraron frente al error y frente al desaliento. «No sorprende, pues, que María ocupe un lugar privilegiado en el culto de las antiguas Iglesias orientales con una abundancia incomparable de fiestas y de himnos» (195).

La experiencia de estas comunidades cristianas de Oriente es aplicable a todos los nive-

les de la Iglesia de Cristo. Porque, «desde el primer momento de la vida de la Iglesia, todos los cristianos que han buscado el amor de Dios, ese amor que nos revela y se hace carne en Jesucristo, se han encontrado con la Virgen, y han experimentado de maneras muy diversas su maternal solicitud» (196):

No es, por tanto, extraño que, del corazón de la Iglesia, broten plegarias marianas que manifiestan esa actitud de absoluta confianza en el apoyo materno de María. Recordaremos algunas de las más universales: «Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se oyó decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorado vuestra asistencia y reclamado vuestro socorro haya sido abandonado de Vos...». También en la Salve: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra...». O aquella particularmente hermosa y la más antigua invocación a la Virgen: «Bajo el amparo de tus misericordias nos acogemos, oh Madre de Dios; no desprecies nuestras súplicas en las necesidades; antes bien, sálvanos de los peligros, oh tú que sola eres bendita» (197).

La vida de siglos de tradición cristiana, «desde la edad apostólica hasta nuestros días, es un himno armonioso de los hombres al poder de María, expresión de la más ilimitada y confiada invocación de todos a Ella» (198).

Tales oraciones tienen un carácter eminentemente pragmático con vistas a perseverar fielmente en la peregrinación de la fe.

(194) «Redemptoris Mater», n.º 31.

(195) Ibidem.

(196) Josémaría Escrivá de Balaguer, «Es Cristo que pasa», n.º 141.

(197) Gabriel M. Roschini, «La Madre de Dios», II, Edit. Apostolado de la Prensa, S.A., Madrid, 1942, Pg. 337.

(198) Ibidem.

VASO DIGNO DE HONOR

«Se conmemora este año el XII centenario del II Concilio Ecuménico de Nicea, en el que fue definido que se podían proponer a la veneración de los fieles, junto con la Cruz, también las imágenes de la Madre de Dios, de los Angeles y de los Santos, tanto en las iglesias como en las casas y en los caminos».

(«Redemptoris Mater», n.º 33).

Es un hecho, desgraciadamente fácil de comprobar, que el fenómeno de la secularización del mundo moderno ha afectado también de modo directo y despiadado a las expresiones de espiritualidad. De forma especial, ha incidido en el culto a las imágenes y en el uso de símbolos religiosos. Este problema se detecta

lo mismo en lugares públicos de culto, como los templos, y en locales privados o viviendas particulares. A la causa general de la desacralización hay que añadir, sin duda, la campaña militante de ciertas sectas que, repitiendo errores de hace siglos, atacan el uso de las imágenes. El Papa nos recuerda claramente que la veneración de las imágenes es algo del todo conforme y perfectamente coherente con la práctica de la fe.

Juan Pablo II aduce el testimonio doctrinal de un Concilio que se celebró hace mil doscientos años. Fue el séptimo Concilio Ecuménico y el segundo de este nivel que se celebraba en Nicea. Fue convocado precisamente para combatir los errores iconoclastas. El Magisterio supremo de la Iglesia, ejercido bajo la modalidad de Concilio Ecuménico, en un momento crítico en que proliferaban los errores sobre este asunto, orientó con firmeza y claridad la fe de los fieles afirmando que la veneración tributada a las imágenes de la Virgen María y de los Santos es un modo de rendir culto a la persona que representan. Distinguiendo con claridad entre la veneración obsequiosa y la verdadera adoración que sólo a Dios es debida. Aquel Concilio afirmó que, desde la mentalidad rectamente formada de un católico, «el honor tributado a una imagen va dirigido al que es representado por ella» (199).

Centrando nuestra atención en las imágenes que se dedican a la Virgen María, nuestra veneración se dirige a la persona que es Madre de Dios, en ellas representada, la cual, a su vez, constituye el más perfecto modelo de todas las virtudes.

Al venerar tantas y tan diversas representaciones artísticas que la insistente devoción de los fieles ha multiplicado por todas las latitudes de la tierra, excluimos, por supuesto, cualquier tipo de sentimiento idolátrico. Tal sentimiento sería un horrendo pecado contra Dios, único ser que merece ser adorado.

Los enemigos del culto a las imágenes se apoyan normalmente en aquel texto del Antiguo Testamento: «No te fabricarás escultura ni imagen alguna de lo que existe arriba en el cielo o abajo en la tierra o por bajo de la tierra, en las aguas» (200). Pero, «el contexto de este pasaje demuestra con bastante claridad que no se trata de una prohibición absoluta, sino solamente relativa, referente a las imágenes destinadas a ser adoradas como divinidad (los ídolos)... Oportunamente prohibió Dios, para alejar a los hebreos del culto de los dioses que habían visto tan venerados en Egipto, el que ellos los fabricasen» (201). Es preciso reconocer que las imágenes son un medio valiosísimo para acercarnos, a través de los sentidos, a la persona que representan. ¿No siente el enamorado

la presencia de su amada al contemplar la fotografía que de ella guarda en su cartera? «La razón nos enseña, ante todo, que el uso de las imágenes sagradas es legítimo, ya que está en armonía con el sentir común de los hombres, con las necesidades legítimas de nuestra naturaleza...» (202).

Pocas personas habrá en la historia cuyas imágenes se hayan prodigado con tanta abundancia y con tanta variedad como la Virgen María, la Madre de Jesús, la Madre de Dios, la Madre nuestra. Ojalá cada una de ellas nos ayude a enamorarnos más y más de María. Y gocémonos descubriendo nuevas imágenes de la Virgen. Veneremos con auténtico cariño de hijos las que tenemos.

Pienso que es oportuno recordar ahora aquella delicada y fervorosa consideración de CAMINO: «Cuando te preguntaron qué imagen de la Señora te daba más devoción, y contestaste –como quien lo tiene bien experimentado– que todas, comprendí que eras buen hijo; por eso te parecen bien –me enamoran, dijiste– todos los retratos de tu Madre» (203).

(199) Dz, 302.

(200) Ex. 20, 4.

(201) Gabriel M. Roschini, ob. cit., pg. 430.

(202) Ibidem, pg. 431.

(203) Josemaria Escrivá de Balaguer, «Camino», n.º 501.

VASO DE INSIGNE DEVOCION

«Las imágenes de la Virgen tienen un lugar de honor en las iglesias y en las casas».

(«Redemptoris Mater», n.º 33).

Los humanos necesitamos de la imagen para llegar a un mejor conocimiento de las cosas. Es cierto que la imagen imprescindible, necesaria y fundamental, es la «idea». Así nos lo explica la filosofía del conocimiento. Pero las mismas «ideas» que constituyen nuestro mundo interior encuentran un valioso apoyo en la representación externa que, de algún modo, es captada por nuestros sentidos. Es evidente que el mecanismo de nuestro conocimiento funciona valiéndose de los datos que aportan los sentidos.

Juan Pablo II, que en su carta encíclica pretende poner de relieve la especial presencia

de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, no quiere eludir el tratamiento de un asunto que se ha convertido en praxis constante del pueblo creyente a lo largo de la historia, tanto en Oriente como en Occidente: el culto y la veneración a las imágenes de la Santísima Virgen María. El Papa se refiere expresamente al lugar de honor que a estas imágenes de la Virgen corresponde «en las iglesias y en las casas». Quiero centrar este breve comentario en la referencia a las casas.

Son todavía numerosas las familias cristianas que mantienen la piadosa costumbre de colocar la imagen o el cuadro de la Virgen en alguno de los lugares más nobles de la casa. Expresan con ello su convencimiento de que María es camino seguro de bendiciones por parte de Dios. Porque Dios no puede dejar de bendecir a una familia que se preocupa de rendir honor a su excelsa Madre. Y en verdad, Ella es la que mejor puede guardar y proteger a los miembros de la casa que se encuentren en peligro. Ella, entronizada en medio del hogar, será la primera orante que interceda ante su Hijo para que favorezca a la familia que la honra. Además, su presencia visible en el hogar hará más fácil el recuerdo de la permanente presencia invisible de Dios providente. Y siempre estará abierta la posibilidad de que una mirada a la imagen de tan buena Madre

haga descubrir, a través de Ella, caminos de misericordia y de ternura.

Evidentemente, se hace preciso un esfuerzo para contrarrestar la avalancha de superficialidad y consumismo que recubre de «pósteres» y carteles las paredes de muchos hogares; muchos de ellos se han dejado arrastrar de la nueva moda en nombre de una «modernidad» que considera «progreso» el haber desterrado con ligereza y frivolidad las representaciones e imágenes de la Virgen. Es urgente recuperar la primacía para esa manifestación de afecto y reconocimiento a la Madre del Redentor. Porque sólo Ella puede dar la vida sobrenatural; sólo Ella puede dar solidez y firmeza al amor de los esposos; y sólo Ella mantendrá unidos y alegres a los componentes de la familia.

Las imágenes expuestas a la veneración de los fieles, tanto en el templo como en los hogares cristianos, «alimentan la vida cristiana y la devoción, excitando pensamientos puros, sentimientos santos, estimulando a la imitación de las virtudes. Tienen, por tanto una cierta virtud santificadora, que reside, no ya en la materia de las imágenes, sino en su elemento formal, es decir, en su semejanza con el prototipo» (204). Si esto hay que afirmarlo de toda representación o imagen, ¡cuánto más de las que evocan el recuerdo de la más excelsa y perfecta de las criaturas, María!

Como fruto de esta breve consideración, resulta oportuno el consejo de un alma experimentada: «Pon en tu mesa de trabajo, en la habitación, en tu cartera... una imagen de Nuestra Señora, y dirígele la mirada al comenzar tu tarea, mientras la realizas y al terminarla. Ella te alcanzará –ite lo aseguro!– la fuerza para hacer de tu ocupación, un diálogo amoroso con Dios» (205).

(204) Gabriel M. Roschini, ob. cit., pg. 432.

(205) Josémaría Escrivá de Balaguer, SURCO, n.º 531.

TORRE DE DAVID

«María, al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos».

(«Redemptoris Mater», n.º 37).

A lo largo de los comentarios precedentes hemos insistido varias veces en que la vida de la Iglesia es como una repetición de todo lo que experimentó María, la Madre de Jesús. Tanto una como otra están llamadas a recorrer la misma andadura de fe. Bien podemos afirmar que, a partir de Pentecostés, la Iglesia avanza pisando las huellas de María y, al igual que Ella y con Ella, «repite constantemente las palabras del Magnificat» (206).

La Iglesia encuentra y transmite la verdad sobre el Dios de la Alianza partiendo de la fe

de la Virgen. Esta proclama en su canto que Dios «hace obras grandes» en favor del hombre. La Iglesia ha descubierto en este canto de María el inmenso contraste que se da entre la actitud del primer hombre y la de esta «mujer» preanunciada en el Génesis (207): aquel primer pecado fue, en definitiva, una manifestación de poca fe en Dios; en María, resalta una fe profunda que vence plenamente al pecado de suficiencia de Adán. María proclama «con fuerza la verdad no ofuscada sobre Dios» (208). Y la Iglesia se siente confortada con el vigor peculiar de la verdad; así, se dispone a iluminar los caminos de los hombres recordando que su misión es «anunciar a los pobres la Buena Nueva» (209).

El amor preferencial de la Iglesia por los pobres se encuentra ya programado en el canto de María. Sin acentos demagógicos. Sencillamente, como relato de las maravillas que Dios hace en favor del hombre: «Derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes, a los ricos los despide vacíos, dispersa a los soberbios de corazón, y conserva su misericordia para los que le temen...» (210).

En este emocionado y gozoso desahogo de María se pone de relieve el espíritu asombrosamente repleto de esperanza que es peculiar de los pobres de Yavéh; porque estos descartan

toda apoyatura humana depositando toda su confianza en el Dios de la Alianza. Tales son los dos elementos básicos del canto de María: De una parte, es evidente la firme voluntad de Dios que ha manifestado querer salvar al hombre; por otra parte, se pone de relieve su amor preferencial por los pobres y los humildes, como lo demostrará toda la vida y la predicación de Jesús.

La Iglesia es consciente de esto. Y, mirando a María, Madre y modelo suyo en toda circunstancia, quiere impregnarse de este espíritu peculiar de los pobres de Yavéh, a fin de asumir debidamente el sentido de su misión en el mundo. Con absoluta y plena confianza en Aquél del que sabe depende totalmente; «plenamente orientada hacia Él por el empuje de su fe» (211), lo mismo que María. Sabe que sólo así será plenamente libre, y sólo por ahí estará en condiciones de ofrecer al mundo una auténtica liberación.

«Hoy más que nunca es necesario que la fe de numerosos cristianos sea iluminada y que estos estén resueltos a vivir la vida cristiana integralmente, comprometiéndose en la lucha por la justicia, la libertad y la dignidad humana, por amor a sus hermanos desheredados, oprimidos o perseguidos. Más que nunca, la Iglesia se propone condenar los abusos, las injusticias y los ataques a la libertad, donde se

registren y de donde provengan, y luchar, con sus propios medios, por la defensa y promoción de los derechos del hombre, especialmente en la persona de los pobres» (212).

«Pero será una grave perversión tomar las energías de la religiosidad popular para desviarlas hacia un proyecto de liberación puramente terreno que muy pronto se revelaría ilusorio y causa de nuevas incertidumbres. Quienes así ceden a las ideologías del mundo y a la pretendida necesidad de la violencia, han dejado de ser fieles a la esperanza, a su audacia y a su valentía, tal como lo pone de relieve el himno al Dios de la misericordia, que la Virgen nos enseña» (213).

(206) «Redemptoris Mater», n.º 37.

(207) Gn. 3, 15.

(208) «Redemptoris Mater», n.º 37.

(209) Lc. 4, 18.

(210) «Redemptoris Mater», n.º 37.

(211) Ibidem.

(212) Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre algunos aspectos de la «Teología de la Liberación». Prólogo. Ref. en «Informe sobre la Fe», Card. Joseph Ratzinger-Vittorio Messori, BAC popular, Madrid, 1985, pg. 189.

(213) Instrucción sobre Libertad Cristiana y Liberación, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, n.º 98.

III PARTE

MEDIACION MATERNA

CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA

«La enseñanza del Concilio Vaticano II presenta la verdad sobre la mediación de María como una participación de esta única fuente que es la mediación de Cristo mismo».

(«Redemptoris Mater», n.º 38).

Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres (214). Él solo, por medio de su muerte en cruz, logró la reconciliación perfecta entre Dios y la humanidad. Pero esta verdad, defendida, proclamada y transmitida por la Iglesia de modo constante y claro desde los tiempos apostólicos, es perfectamente compatible con la existencia de otras mediaciones secundarias y, por supuesto, subordinadas siempre a la mediación única de Jesucristo. Santo Tomás escribe que otros también pueden ser llamados

mediadores, «por cuanto cooperan dispositiva o ministerialmente a la unión de los hombres con Dios» (215).

Ya en la época patrística se llamó «medianera» a María. Así lo demuestra una antigua oración atribuida a San Efrén en la que textualmente se dice: «Después del Mediador, eres medianera de todo el universo». Y este título de «medianera» aplicado a la Virgen María es utilizado también en documentos oficiales de la Iglesia. Así, el Papa Pío IX, en la Bula definitoria de la Inmaculada Concepción, el año 1854; también el Papa León XIII, en dos de sus encíclicas sobre el Rosario, en los años 1895 y 1896; posteriormente, fue el Papa San Pío X, en su encíclica «Ad diem» del 2 de febrero de 1904, el que razonó más expresamente la doctrina de la mediación de María. Más todavía, el título de «Mediadora», referido a la Virgen María, pasó a ser acogido por la Sagrada Liturgia desde que en el año 1921 fue introducida en el calendario de la Iglesia una fiesta con este título: «María Medianera de todas las gracias» (216).

Este apelativo, en la mente de la Iglesia, tiene un doble sentido: Primeramente, se reconoce que María trajo al mundo al Redentor, que es la principal y verdadera fuente de todas las gracias. Y, en segundo lugar, se proclama que, desde su Asunción a los cielos, no se con-

cede ninguna gracia a los hombres sin que pase por las manos de María Santísima.

Juan Pablo II subraya en su encíclica que esta «función de María es, al mismo tiempo, especial y extraordinaria» (217). Porque Ella fue elegida para Madre de Dios; y fue «compañera singularmente generosa en la obra de la redención» (218), llegando así a ser realmente «nuestra Madre en el orden de la gracia» (219).

Su mediación tiene, pues, una proyección muy singular en el misterio de Cristo al que brindó, con su absoluta disponibilidad a los planes de Dios, su naturaleza humana; y no menos influjo adquiere en el misterio de la Iglesia que, por naturaleza, viene a ser la prolongación de Cristo en la historia.

«Efectivamente, la mediación de María está íntimamente unida a su maternidad y posee un carácter específicamente materno que la distingue del de las demás criaturas...» (220). Sólo Ella es Madre de Cristo, Madre de Dios. Por eso, su participación en la única mediación del Redentor es del máximo rango posible.

«María ejerce siempre sobre los elegidos este papel maternal, misericordioso y fuerte. Ella ilumina a cada uno de los elegidos y se da a cada uno de ellos en particular. Respecto a los ángeles, María ejerce una «regencia» y ya no una «maternidad» íntima; los ilumina, pero no se da a ellos como Madre. Así, sus hijos tie-

nen con ella una intimidad que los ángeles no pueden conocer» (221).

(214) I Tim. 2, 5.

(215) Sum. theol. III, 26, 1.

(216) Ludwig Ott, «Manual de Teología Dogmática». Ed. Herder, Barcelona, 1969, pg. 331.

(217) «Redemptoris Mater», n.º 38.

(218) Ibidem.

(219) Ibidem.

(220) Ibidem.

(221) M. D. Philippe, O.P., «Misterio de María», Colec. Patnos, Edic. Rialp, S.A., Madrid, 1986, pg. 78.

MADRE Y VIRGEN

«El primer momento de la sumisión a la única mediación entre Dios y los hombres —la de Jesucristo— es la aceptación de la maternidad por parte de la Virgen de Nazaret».

(«Redemptoris Mater», n.º 39).

María se había consagrado totalmente al Señor. Recibido el mensaje del ángel, ante la revelación del querer de Dios que la busca como Madre, Ella se somete dócilmente al poder divino con las palabras que diariamente recordamos en el rezo del «ángelus»: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu pala-

bra» (222). Aquel fue el preciso momento en el cual la Virgen María entregó todo su ser al único Mediador. Con esa aceptación incondicional de todo el plan divino de salvación, la privilegiada doncella de Nazareth puso en marcha el admirable y misterioso mecanismo de la mediación ontológica y única que habría de reconciliar al hombre con Dios y a Dios con el hombre.

«La Virgen no sólo dijo «fiat», sino que cumplió en todo momento esa decisión firme e irrevocable. Así nosotros: cuandos nos agujonee el amor de Dios y conozcamos lo que Él quiere, debemos comprometernos a ser fieles, leales, y a serlo efectivamente... Hemos de imitar su natural y sobrenatural elegancia. Ella es una criatura privilegiada de la historia de la salvación: en María, «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (223). Fue testigo delicado, que pasa oculto; no le gustó recibir alabanzas, porque no ambicionó su propia gloria...».

«Tratemos de aprender, siguiendo su ejemplo en la obediencia a Dios, en esa delicada combinación de esclavitud y señorío. En María no hay nada de aquella actitud de las vírgenes necias, que obedecen, pero alocadamente. Nuestra Señora oye con atención lo que Dios quiere, pondera lo que no entiende, pregunta lo que no sabe. Luego, se entrega toda al cum-